{vozmestart}

¿Periodismo imparcial, balanceado y equilibrado?

Los periodistas no

somos trapecistas

Rubén Luengas

Se asume como mandato divino que el periodista debe ser “imparcial, objetivo, balanceado y equilibrado” como requisitos indispensables para ser un auténtico profesional de la información.

Respondo que para balancearse están muy bien los columpios y balancines de los parques o los trapecios en las carpas de circo, pero resulta que los periodistas no somos trapecistas ni el periodismo es un espectáculo para exhibirse guardando el equilibrio sobre una cuerda floja para quedar bien con todos y obtener el aplauso unánime del público.

“Pero es que el periodista debe contar siempre los dos lados de la historia”, reza el credo de los fieles devotos de la “objetividad y el balance informativos”, y aquí pregunto: ¿Será entonces que como periodistas estaríamos obligados, por ejemplo, a tomar el punto de vista de Hitler y los nazis para equilibrar o balancear el punto de vista de los judíos y otras víctimas no judías del nazismo durante la segunda guerra mundial? De hecho, la mayoría de las historias no son simétricamente antagónicas o reducidas a sólo dos lados y esa óptica de simplificación geométrica no es aplicable a la tarea periodística para reflejar los hechos diversos y complejos de la realidad que tienen mucho más lados que un dodecaedro.

Para el aclamado periodista estadounidense y ganador del Premio Pulitzer Chris Hedges, considerado una de las voces morales más grandes del periodismo actual en Estados Unidos, “el credo de la objetividad y del balance, formulado al inicio del siglo XIX por los dueños de los periódicos para obtener mayores ganancias de sus anunciantes, desarma, mutila y paraliza a la prensa”.

Ryszard Kapuscinski.

Hedges dice que convirtieron ese credo en vehículo conveniente y muy lucrativo para evitar la confrontación con verdades amargas y no causar así molestias a las estructuras de poder de las que dependen organizaciones de noticias para obtener sus dividendos, transformando a los reporteros en mirones que destierran de su actividad la pasión, la empatía y la búsqueda de la justicia. “A los reporteros en este credo se les permite ver pero no sentir ni hablar con voz propia”, dice este egresado de la Universidad de Harvard con décadas de experiencia reportando en zonas de conflicto en Centroamérica, el Medio Oriente, África y Los Balcanes.

Cuando me invitan a dar charlas en diferentes universidades del sur de California, hablo siempre en contra del “credo de la objetividad y del balance” diciendo que no se puede balancear la verdad con la mentira y que las reglas de la pretendida objetividad, tal como teóricamente se enseñan en universidades y escuelas de periodismo, favorecen en la práctica que lo publicado sea muchas veces la versión oficial de los hechos. Es decir, la versión del poder que a través de medios usados como púlpitos, termina imponiendo lo que es “falso o verdadero” según sus intereses porque, bajo el ropaje de los conceptos de objetividad y de balance aceptados sin cuestionamiento como actos de fe, suele ocultarse desde qué perspectiva social e histórica y desde qué intereses particulares se escribe lo que se escribe y se publica lo que se publica, propiciando que dentro de ese marco se embista contra toda versión, aunque verdadera, que no se ajuste al culto dogmático de una falsa objetividad diseñada y administrada por el poder para imponer un consenso de “opinión” útil para sí mismo, enviando esas otras versiones, sin pasar por el purgatorio, derechito al infierno de la paranoia o al desprestigio de las llamadas “teorías de la conspiración” para que ahí se chamusquen.

La esencia del periodismo es para mí la búsqueda de la verdad y ésta no suele estar sentada en una esquina esperando el arribo del reportero para que se tope con ella y la recoja tal como fue encontrada: Casta, pura, inmaculada y trasladada luego sin contaminantes subjetivos ni intereses mediáticos; “profesional, objetiva y equilibradamente” a lectores, públicos o audiencias.

El gran periodista polaco Ryszard Kapuscinski escribió que: “Para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus

intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades , sus tragedias". Una buena persona, entonces, que ejerce el periodismo podrá mantener su mirada subjetiva pero honesta para describir lo que ve desde su lugar específico y contar desde ahí lo que sinceramente ve, ya sea éste literalmente un lugar físico o un lugar social o económico en el que esté inmerso.

Me pregunto, por ejemplo, si alguien cree que fue honesta, sincera, profesional, objetiva o balanceada la cobertura de los grandes medios sobre las guerras en Irak y Afganistán. Afirmo que ni siquiera hubo cobertura alguna y, en su lugar, lo que hubo fue propaganda para que las opiniones dejaran de ser opiniones y se convirtieran en la sacrosanta "opinión publica" gracias a lo que el sobrino de Sigmund Freud, Edward Bernays, pionero en el uso de la técnica de la manipulación colectiva llamó "la ingeniería del consenso".

Quienes detentan el poder político y económico se sienten muy cómodos con los periodistas que presumen de ser neutrales y objetivos. Habitamos un mundo en el que no se puede ser neutral, en el que se confunde muchas veces la neutralidad con la hipocresía e indiferencia. ¿Cómo ser neutral entre la verdad y la mentira, entre el odio y el amor, entre construir y destruir? ¿Cómo ser neutral ante tanta impunidad, tanta injusticia, tanta marranada cometida por el hombre contra el hombre? ¿Cómo ser neutral ante los niños asesinados en Irak y Afganistán? ¿Cómo ser neutral ante tantos demonios disfrazados de humanos que andan sueltos causando pena, dolor y sufrimientos inconmensurables a tantos seres humanos en este mundo de indignos e indignados? No me pidan neutralidad por favor, me declaro totalmente parcial hacia la búsqueda de la verdad y de todo aquello que nos devuelva o nos reintegre a un sentido más humano de la vida.

[redacted]tas,